

ODA XXVIII (1).

¡Ay simple palomita!
¡Qué alegre estás y ufana
De que mi bella Filis
Te tenga sobre el haldal
Desde ella te parece
Que la altanera garza,
Señora de los vientos,
En dicha no te iguala.
Mas tanto no te ufanes;
De fortuna varia,
Por cándida y sencilla,
No estás, no, reservada.
Vendrá tiempo que Filis
Se enfade de tus gracias,
Y llores haber sido
Objeto á dicha tanta.

ODA XXIX (2).

«Vén, vén, simple avecilla,
Vén al punto á mi falda;
No con alegre vuelo
Fatigues más tus alas.
Ni en torno, cariñosa,
Tan vagos giros hagas,
Sino en plácido sueño
Leda en ella descansa;
Que más que no tus fiestas,
Arrullos y algazara,
Me cuesta de cuidados
Si acaso el sol te daña.»
Así mi Filis dijo,
Y su paloma baja,
Y arrulla y se adormece,
Cual ella se lo manda.

ODA XXX (3).

Con esa misma lumbre
Que tus ojuelos miran,
A mí me das la muerte,
Y á tu paloma vida.
Tú á tu paloma coñas,
Con ellos, de alegría,
Y amor á mí por ellos
Mil saetas me tira.
Para ella de tus ojos
Es la lumbre divina;
Para mí tus desdenes
Y del amor las iras.
Así exclamo mil veces:
«¡Quién fuera palomita!»
Trocará ante tus ojos,
Mis penas en delicias.

ODA XXXI.

Tranquilo con mi suerte,
No envidio las riquezas,
Ni envidio los placeres,
Ni el mando, ni las ciencias.
Sólo á ti, palomita,
Te envidio, y en la tierra
Tu suerte solamente
Me desvelos mil me cuesta.
—Pues, ¿qué suerte es la mía?
—Que mi Filis te alienta
Al fuego de su pecho,
Y mil veces te besa.

- (1) Inédita.
(2) Ídem.
(3) Ídem.

GALATEA

LA ILUSION DEL CANTO.

ODA PRIMERA.

EL CANTO.

¡Cuanto tu voz divina
Me encanta! ¡en qué deliquio
Mi espíritu fallece,
Tan dulce con sus trinos!
Por ellos arrastrado,
Sin poder resistirlo,
Al piano, do despliegas
Tu amable poderio;
Mientras los albos dedos,
Vagando en presto giro,
Se pierden á la vista,
Solicita en seguirlos;

Quando tú, Galatea,
Repites los gemidos
De Dido abandonada,
Yo gimo á par contigo.
Quando le das grandiosa
A la voz mayor brillo,
De Jove en los banquetes
Minerva te imagino.
Infeliz Ariadna,
Con penetrantes gritos
Persigues á Tesco,
Y al pérfido maldigo.
Si á Angélica retratas,
O el celoso delirio
De Orlando, me estremece
Tu enojo vengativo.

Si en pos el embeleso
De dos amantes finos,
O de una ausencia triste
Los flébiles martirios,

Sensible representas,
De la ficción me olvido,
Y en su lugar me pongo,
Y exhalo mil suspiros.
En la falaz Armida,
Al imperio divino
De tu mágico canto,
Cual Reinaldos te sigo.
Sollozas, y yo anhelo;
Lloras, y en largos hilos
Las lágrimas me corren;
Te alegras, y yo río.

Misera desfalleces,
Y en tu silencio mismo
Desfallezco, tus ayes
Resonando en mi oído.
Si donosa te burlas
Con juguetes festivos,
Celebrándote todos,
Yo enmudezco á su hechizo.

Amenazas airada,
Y cobarde me aflijo;
Aplácate, y aliento;
Si te indignas, me irrito.
Siendo tal mi entusiasmo,
Y el celestial prestigio
Que al verte y escucharte
Me embarga los senti los,
Que embriagado en su gloria
Mi corazón sencillo
(Perdona, Galatea),
Exclamo sin arbitrio:
«¡Por qué, ay, volver no puedo
Con mi boca, perdido,
El placer á su boca,
Que yo de ella recibí!»

ODA II.
LA SÚPLICA.

Amable Galatea,
¡Qué gracia inexplicable
Se siente en tus acentos,
Me eleva al escucharte!
¡De dó, hechicera, viene
Que en trinos tan suaves
Siempre medrosa dudes,
Desfallecida clames?
¡Que busques en tus letras
Las que mejor las artes
Y las inmensas dichas
Sepan de Amor pintarme!
Ya ni repite el piano
La música brillante,
Que armónica igualara
Los coros celestiales;
Ni tú, del estro llena
Que veces mil probaste,
Sublime te arrebatas,
De Jove igual al ave,
Que en el inmenso espacio,
Tendiendo sus reales
Y voladoras alas,
Se pierde de los aires.

Hoy todo amor tu canto,
Blanda, halagüeña, fácil,
Los quiebros son suspiros,
Las fugas tristes ayes.

Te elevas con su nombre;
Parece, al pronunciarle,
Que en tu aquejado pecho
Todas sus llamas arden;
Que en tu embeleso grato,
De lo hondo del te sale,
Buscando dónde logre
Feliz depositarse.

Si mi corazón por templo
Sencillo y fiel buscase,
Yo sé bien, Galatea,
Dónde él pudiera ballarle;
Do el más ferviente culto,
Más puro, más constante,
Por siempre alcanzaria,
Que en ser humano cabe.

¡Mas tú me miras triste,
Suspiras, y cobarde,
Ni música ni letra
Seguir, turbada, sabes!
¡Qué! Si en su red dichosa
Ya presa te debates,
¡Podrá de ser sensible
Tu honor avergonzarse!

¡Es por ventura un yerro
Sus ansias inefables
Feliz sentir en uno
Con un rendido amante;

Y en gozos y en deseos,
Y fe y ternura iguales,
En solo un ser dos almas
En su éxtasi tornarse!

¡Ventura inconcebible,
Y ante quien nada vale
Cuanto soñarse puede
De más glorioso y grandel!
No, dulce Galatea,
Por más que lo disfraces,
Ni es tu pecho de hielo,
Ni extraña tú á mis males.
Cede, ¡ay! veraz, y blanda
Mi ruego un sí te alcance;
Un sí, que el más dichoso
Me hará de los mortales.

ODA III.

LA DECLARACION.

¡Será, mi bien, posible
Que la delicia misma

Que yo en oírte siento,
Tú gozas con mi vista?
¡Que la emoción sabrosa
Que con tu voz divina
Causas en mí, te alcanza
Por dulce simpatía?
¡Que si á Ariadna finges,
O á la hechicera Armida,
Tus apenados ayes
A mí diriges fina;

Y en tus alegres cantos
Con tu favor me brindas,
Y en tus brillantes trinos
Mi timidez animas?
Acordes con tus labios,
Tus ojos me lo indican,
Si crédulo el deseo
No sueña tanta dicha.

No sueña, Galatea,
No sueña, que expresiva
Tu voz y gesto y tono,
Que soy feliz publican.
Con un suspiro ardiente
Tú propia me lo afirmas;
¡Suspiro venturoso,
Que mi alma vivifica!
¡Que soy feliz tu labio,
Mirándome rendida,
Repite, y tierna estrechas
Tu mano con la mía!
¡Y débil el aliento,
De grana las mejillas,
La frente ruborosa
Sobre mi pecho inclinas!

No puedo á gloria tanta
Bastar: por siempre unidas,
Mi bien, nuestras dos almas
Para adorarse vivan;
Y en los floridos lazos
Con que el Amor las liga,
En voluntad concordes
Anhelen, gocen, giman;
Sin que jamás ni sombras
Ni duelos nos dividan,
De finos amadores
Emulación y envidia.

Yo te idolatro ciego;
Págame tú sencilla;
Feliz nuestro embeleso
Se aumente cada día;
Y más y más amantes,
La copa de delicias
Sedientos apuremos,
Que Venus fiel nos brinda.

ODA IV.

MI EMBELESO.

Repite, Galatea,
Repite la cantata
En que el feliz delirio
De tu pasión declaras;
Y los trinos ardientes
Con que juras que me amas,
O los flébiles ayes

Que ocultándolo exhalas;
Aumentando tus ojos
Y halagüeñas miradas
El sublime embeleso
De tu dulce garganta.

Que sus vivas centellas
Me penetren el alma,
O en el cielo enclavados,
Con tu hechicera gracia
A una virgen semeja,
Que á sus mansiones claras
Entre ahincados suspiros
Extática se lanza.

Que tu rostro se anime
Con la inefable gracia
Del pudor y el deseo,

Que alternados te inflaman;
Y cediendo al impulso
Que á gozar te arrebató,
Por pintarme más vivos
Tu cariño y tus ansias,
A mí un tanto te inclina,
Cual si ciega anhelas
Redoblar las delicias
En que ya me embriagas.

Nada, en fin, Galatea,
Nada olvides, que valga
Para hacer de tu canto
Más completa la magia.
En mí, que embebecido
Te contemplo, no hay nada
Que el imperio no sienta
De tu voz soberana.

En ti sola el oído,
Las pasiones en calma,
Libertad y alma y vida
De tu lengua colgadas;
Mi sangre se enardece,
Trémulas mis palabras,
En una espesa nube
Los ojos se me apagan;
Y frenético el pecho,
Mientras más lo regalas
Con tus trinos suaves,
Más y más te idolatra.

ODA V.

MIS DESEOS.

¡Cuán dulce es, Galatea,
Nuestra ignorada suerte;
Y Amor, qué de embelesos
En ella nos ofrece!
¡Cómo embriagada el alma
De un éxtasi celeste,
Sólo feliz respira
Delicias y placeres!

¡Con qué emoción tan tierna
Mi labio una y mil veces
Te jura que te adora,
Fe eterna te promete!
Tú fina me respondes
Con votos más ardientes,
Y ciega, entre mis brazos
De amores desfalleces.

¡Cuánto, adorada, cuánto
Tus trinos me conmueven,
Me inflaman tus suspiros,
Tus ojos me enloquecen!
Tus ojos, que en mi pecho
Tan alto imperio tienen,
Que en sola una mirada
Se alegran ó entristecen.

Deja, pues, Galatea,
Que con aplauso suenen
Allá los que del mundo
Las glorias apetecen.
Nosotros, en olvido
Del tiempo y de las gentes,
Tranquilos los favores
Gocemos de Cíteres.

Y lejos ya las nubes
Que á nuestra dicha ofenden,
El iris de tus gracias
Lumbroso se despliegue.
En el ceñudo invierno
Los vientos inclementes,
Bramando desalados,
Los montes estremecen;

La blanda primavera
La ansiada paz nos vuelve,
Y en calma bonancible
Su estrépito adormece.
Los días más tranquilos
Son siempre más alegres,
Venero inagotable
De gozos inocentes,

Faustos los nuestros rian,
Cual ora amando siempre;
El canto y dulces hablas
Sus prestas horas llenen;
Y loco y turbulento
Que el vulgo se despeñe,
O la ambición hinchada
De sueños se alimente.

ODA VI.

EL CANTO SUPLIDO POR MIS VERSOS.

¡Oh, si feliz mi labio
Dulce seguir pudiera
Los suavísimos quiebros
De tu garganta bella!
¡Si el dios de la armonía,
Como me da las letras,
Sus tonos me inspirase,
Benévolo con ellas!

¡Cuán suelto, cuán ufano,
Divina Galatea,
Mi acento acompañara
Tu armónica cadencia;
Y unidas nuestras voces,
Cual nuestras almas tiernas,
Las auras sonarian
Nuestra ventura inmensa!

Si tú de amor gemieses,
Con su abrasada flecha
Llagada, mis suspiros
Tus ayes repetirían.
Seguirte, aunque de lejos,
Oyérasme, halagüeña
Cantando tú las glorias
De la alma Cíterea.

O si en alegres trinos
Parlara tu vihuela,
Pintase las delicias
Que nuestro ser anegan,
Mi vivo y alto acento
Subiera á las estrellas,
Porque ellas lo envidiasen,
El gozo que en mi reina;

Diciéndoles que nada
Al éxtasi asemeja
De nuestra unión dichosa,
Que haga el Amor eterna.
Y acordes nuestros labios
Con las sonoras cuerdas,
Tú el eco de mis ansias,
Yo el de las tuyas fuera.

Ya que este anhelo es vano,
Deja, adorada, deja
Que el grato objeto llenen
Mis versos de la lengua;
Y si en dolientes modos
Fina la tuya expresa
Que á mí el amor te liga
Con su feliz cadena,

¡Mi musa le responda,
Loca, embriagada, llena
De cuanto más ardiente
En su pasión se encuentra,
Que en este fausto nudo
Mi dicha está suprema,
Mil veces más subida
Que cuanto tu alma sienta.

ODA VII.

EL GABINETE.

¡Qué ardor hierve en mis venas!
¡Qué embriaguez! ¡qué delicia!
¡Y en qué fragante aroma
Se inunda el alma mía!
Este es de amor un templo:
Doquier torno la vista,
Mil gratas muestras hallo
Del nimen que lo habita,

Aquí el luciente espejo
Y el tocador, do unidas
Con el placer las Gracias,
Se esmeran en servirla,
Y do esmaltada de oro
La porcelana rica,
Del lujo preparados,
Perfumes mil le brinda;
Coronando su adorno
Dos fieles tortolitas,
Que entreabiertos los picos
Se besan y acarician.
Allí plumas y flores,
El prendido y la cinta
Que del cabello y frente
Vistosa en torno gira;
Y el velo que los rayos
Con que sus ojos brillan,
Doblándose la gracia,
Emboza y debilita.
Del cuello allí las perlas,
Y allá el corsé se mira,
Y en él de su albo seno
La huella peregrina.
¡Besadla, amantes labios!...
¡Besadla!... mas tendida
La gasa que lo cubre,
Mis ojos allí fija.
¡Oh gasa!... ¡qué de veces!...
El piano... vén, querida;
Vén, llega, corre, vuela,
Y mi impaciencia alivia.
¡Oh! ¡cuánto en la tardanza
Padezco! ¡cuál palpita
Mi seno! ¡en qué zozobras
Mi espíritu vacila!
En todo, en todo te halla
Mi ardor... tu voz divina
Oigo feliz... mi boca
Tu suave aliento aspira.
Y el aura que te balaga
Con ala fugitiva,
De tus encantos llena,
Me abraza y regocija.
Mas ¡si serán sus pasos?...
Sí, sí; la melodía
Ya de su labio oyendo,
Todo mi sér se agita.
Sigue en tus cantos, sigue;
Vuelve á sonar de Armida
Los amenazantes gritos,
Las mágicas caricias.
Trime armonioso el piano,
Y á mi rogar benigna,
Cual ella por su amante,
Tú así por mí delira.
Clama, amenaza, gime,
Y en quebro y ánsias rica,
Haz que ardan nuestros pechos
En sus pasiones mismas;
Que tú cual ella anheles,
Ciega de amor y de ira;
Y yo rendido y dócil
Tu altiva planta siga.
Y tú sostenme, ¡oh Vénus!
Sosténme; que la vida
Entre éxtasis tan gratos,
Débil sin tí, pelagra.

ODA VIII.

EL JILGUERO.

Encantada mi Erato
De mirar cómo ceden
A sus dedos fugaces
Las teclas obedientes,
Preludiaba en el piano
Mil graciosos jugueteos,
Sin que el labio canoro
Sus compases siguiese.
Pero el lindo jilguero,

Que, entre doradas redes,
Sin cuidado y delicia,
Plácido á un lado pende,
Herido de los sonos,
Se sacude y conmueve,
Presta atento el oído,
Y vivaz enloquece,
Súbito desatando
Su piquito, que alegre
Las tocatas y juegos
Muy más dulce nos vuelve,
Redoblando donoso
Con su voz elocuente
Cuántos trinos y fugas
En la música advierte.
Galatea gozosa,
Para más encenderle,
Entre risas y mimos
Nuevos tonos le ofrece,
Y el colorín ufano
Los escucha y aprende,
Y con glosas más bellas
Nuestro oído embebece,
Sin cesar en los quebro
Ni apurar sus motetes,
Que varia triunfante,
Y á sí mismo se excede.
Hasta que por seguirle
Dió muy bien de repente
De su acento á las auras
La armonía celeste;
Que colmando mi pecho
Del más puro deleite,
Impresión tan profunda
Causó en él y tan fuerte,
Que ya no fué posible,
Ni que el pico despliegue,
Ni una sola piada
Provocado volviere.
Y abatido y cobarde,
Pero atónito atiende,
Si la letra repite,
Si otra nueva previene.
Y ¡qué fué que la envidia
Le tomó, aunque inocente,
De que en música y trinos
Su señora le vence;
O gritóle el respeto:
«Temerario, ¡qué quieres!»
Con la diosa del canto
Confundido enmudece.

ODA IX.

LA INCRETIDUMBRE.

¡Oh! ¡cuán hermosa al piano
Te ostentas, Galatea!
¡Cómo á par que el oído,
Tras tí los ojos llevas!
¡Con qué inefable gracia
Al preludiar despliegas
Tus manos enarcadas
Sobre las albas teclas!
¡Cómo los sueltos dedos
En el marfil se asientan,
Y en concertado giro
Van, vienen, saltan, ruedan!
Mientras con aire noble
Revuelves la cabeza,
Y al auditorio absorto,
Sublime enseñoreas,
En mil donosos rizos
La blonda cabellera,
Cual la alba y clara luna
Tu frente se despeja.
Los rutilantes ojos
Con timidez modesta
Parece que sus luces
Cobardes escasean;
Mas súbito animada
La celestial hoguera

De sus brillantes rayos,
No hay quien fijarlos pueda.
Tú, afable sobre todos,
De nuevo los rodeas,
Como agraciado queriendo
Los pechos que sujetas;
Y todos de tal dueño
El yugo dulce anhelan,
Y siervos venturosos,
Adoran sus cadenas.
Una sonrisa grata
Sobre tu rostro juega,
Y que ya el estro sientes,
En tu inquietud se muestra.
Abres en fin el labio:
¡Oh quién, mi bien, pudiera
Pintar cuál nos sojuga
Su armónica cadencia!
¡Cuánto agitado el pecho
Con tu reír se alegra,
Con tus suspiros gime,
Con tu trinar se eleva!
Muy léjos y eclipsado
Con su impresión se queda
Cuanto el ingenio un día
Fingió de las sirenas.
Estático el oído,
De gloria el alma llena,
Y el corazón parado
Aun á alentar se niega;
Mientras, ¡oh de tus voces
Irresistible fuerza!
Cual gustas nos inflammas,
Concitas ó serenadas.
No hay cláusula que un dardo
Dulcísimo no sea,
Ni afecto, pausa ó fuga,
Que el seno no conmueva.
El tuyo turbulento
Retrata la tormenta
Que en lo interior te agita,
Y el canto ardiente expresa.
Un débil ¡ay! lo abate,
Un trino lo releva,
Y otro y otros más vivos
Su ondulación aumentan.
La nieve de tu rostro,
La grana en que risueñas
Se tiñen tus mejillas,
Se inflaman y se alteran;
Tornátil la garganta
Reluce muy más bella,
Del lleno que á su lampo
La firme voz le presta;
Y toda tú pareces
A Clio allá en las mesas
De Jove en lira de oro
Cantando su grandeza.
Galatea adorada,
Reina en el piano, reina,
Y con tu voz y gracias
Cautiva y embelesada.
Reina; que entre una y otras
El alma duda incierta
Cuál en tí es más sublime,
Tu labio ó tu belleza.
Te ve, y á la hermosura
La palma le presenta;
Te escucha, y á sus trinos
Absorta se la entrega.

ODA X.

EL CONSEJO.

No tan rápido el labio
De tono y letras trueque;
Ni así, hechicera amable,
Con mis afectos juegues.
Mírote yo en un punto,
Ya bulliciosa, alegre,
De la inconstancia el vuelo

Pintarme en tus motetes;
Ya en derretido labio
Sensible embebecerme
Con las delicias puras
De dos amantes fieles;
Ya con ardiente grito,
Colérica, demente,
Colmar de imprecaciones
A algún Teseo alevé;
O ya en helado acento
Hacer que el eco suene
De la tibieza misma
Los áridos placeres.
El alma y el oído
Seguir apenas pueden
La ligereza suma
Que en tus mudanzas tienes;
Mudanzas que te pintan
Muy más inquieta y leve
Que las turbadas oías
Que en medio el Ponto hierven;
Mas que el voluble soplo
Con que fugaz se pierde
En su carrera el viento
Por las floridas mieses;
Mas que del sol la llama
Cuando en las aguas hiere,
Y en rápidas centellas
De aquí y de allá se vuelve,
No, Galatea amable;
Si en nuestros pechos quieres
Que las pasiones ardan,
Que con tu voz enciendes,
Un tono y una letra
Concordes dulcemente
Con tu interior, retraten
Cuanto en el alma sientes.
Deja esos vanos juegos,
En que por mal se aprende
A no sentir, á fuerza
De andar mudando siempre.
Y el corazón que ahora,
Sobresaltado al verte,
Tanto en el canto vaga,
Lo mismo en tu amor teme,
Podrá en quietud gloriosa
Beber todo el deleite
Del armonioso piano,
De tu trinar celeste.
Mira el brillante insecto
Que en su inquietud perenne,
Tocando flores tantas,
Ninguna gozar puede;
Y con su ejemplo cuerda,
Si ser feliz pretendes,
De la inconstancia loca
Jamás ventura esperes.

ODA XI.

MIS RECELLOS.

¡Qué sombras oscurecen
Tu plácido semblante!
¡Por qué elevada y triste
No aciertas á mirarme?
Mi lira y mis canciones,
Mis juegos y donaires,
Que un día al cielo alzabas,
Ya tibia te desplacen.
Te busco, y tú me evitas;
Penado voy á hablarte,
Y airada no me escuchas,
O en quejas te deshaces.
Pretendo verte á solas,
Y siempre llevo tarde,
De alguno acompañado,
Que dobla mis pesares.
Bien mío, ¡qué de veces
Dolida me culpaste
De que un momento solo
Al plazo yo faltase!

Este fugaz momento,
Que á un tibio nada vale,
Decías, ¡qué de dichas
Dar puede á dos amantes!
¡Anhele que me alegren
Tus trinos celestiales;
Y esquivá lo desdenas,
O gimes tristes ayes.
¡Qué es esto, Galatea?
¡Por qué despegos tales,
Y huir de quien te adora,
Y á mi rogar negarte?
¡Tuvo jamás mi pecho
Secreto que ocultase
De tí, mi bien? El tuyo
Sólo esconderlos sabe.
Todo á los dos nos rie:
A nuestro tierno enlace
Aplande Amor, sus auras
Nos soplan favorables.
Un velo misterioso
De la calumnia infame
Nos guarda, y más subidas
Nuestras delicias hace.
¡Y aún dudas y recelas!
¡Y en tu callar constante,
Inanimada estatua,
Te gozas en mis males!
Tú, que lo hallabas todo
En tu pasión tan fácil,
Y algún tiempo solías
Por tímido burlarme,
¡De dónde estos cuidados,
De dónde, amada, nacen?
¡Por qué de tan resuelta
Te has vuelto tan cobarde?
O ciertas son mis dudas,
Que tiemblo, y tú combates,
¡Cruel! ó en afigirme
Tan sólo te complaces.

ODA XII.

LA GUIRNALDA.

Mientras tú regalabas,
Galatea, mi oído
En tu armónico piano
Con tus célicos trinos,
Yo las flores más lindas
Robé á este canastillo,
Que el Amor á mi mano
Presentará benigno,
Y casando con arte
Sus colores más finos,
Ve la hermosa guirnalda
Que feliz he tejido.
Mira el jazmín cuál hace
Los matices más vivos
Del alhelí, y la rosa
Cómo luce entre lirios.
Sale el verde en los tallos,
Relevando sombrío,
Ya la anémoma bella,
Ya el clavel purpurino.
Y entrelazada y rica
De un amoroso mirto,
De Cifères y Flora
Une á par los dominios.
Mas si al gusto no alcanza,
Ni al primer exquisito
Que atesoran tus manos,
Y en tus obras admiro,
A lo ménos es muestra
Del más tierno cariño
Que abrigó amante pecho,
Y por tal te la rindo.
Deja, pues, que realce
Su galano atavío
De tu frente la nieve,
De tus trenzas el brillo;
Deja, deja que el labio,

Cuando de ella las ciño,
Y al compás de tu acento
Te repita sencillo:
«A la diosa del canto,
Cuyo canoro hechizo,
Si allá dulce sonara,
Conmoviera el Olimpo,
» En señal reverente
Del éxtasi divino
En que oyéndola caigo,
Humilde la dedico.»

ODA XIII.

MIS SOSPECHAS.

Si, cruda Galatea;
Tu corazón inquieto
Abriga en daño mío
Algun infiel deseo.
En vano me lo escondes:
Tus trémulos acentos,
Tu confusión, tus pasos,
Todo lo está diciendo.
No mis sospechas nacen
De cavilosos celos,
Ni necio en mis visiones,
Cual dices, devaneo.
La música fué siempre
Del alma un fiel espejo,
Do involuntarios brillan
Sus íntimos afectos.
La tuya, que otras veces,
Cual tu inocente seno,
Mas plácida sonaba
Que un líquido arroyuelo,
Va en el florido prado
Con susurrante juego,
Del oído y los ojos
Delicia y embeleso;
Hoy misteriosa y vaga,
Con sus falaces quebro
Me enseña que tus pasos
Son, desleal, lo mismo.
Que no es la ciega suerte
Quien hace que sus ecos
Reclamo sean seguro
De ese rival que temo;
De ese rival odioso,
Que donde quier molesto
Siguiéndonos, parece
Ser sombra de tu cuerpo.
¡Cruel!... ¡si artificiosa
Citándole...! yo veo
Las negras tempestades
Amenazar de léjos.
De mis ilusos ojos
Se ha descorrido el velo,
Y en mil y mil cuidados
Se abisma el pensamiento.
¡Oh, quiera, Galatea,
Quiera benigno el cielo
Que de mi fiel cariño
Puedan llamarse sueños;
Y tú, riente y blanda,
El iris seas sereno,
Que en tan revueltas olas
Me dé la paz que anhele.

ODA XIV.

LA MÚSICA AFECTADA.

No culpes, Galatea,
Si el pecho no responde
Cual antes al imperio
De tus canoras voces;
Si deslumbrado de ellas
Y atónito las oye,
Sin que respire tierno,
Ni de placer zozobre;
Que al verlo así enredado,

Tu labio desconoce
Entre ese laberinto,
Que la verdad me esconde,
Ya en vez de aquellos dulces
Cuanto sencillos sonas,
Que fáciles pintaban
Tus gozos y temores;
De aquellos blandos ayes,
Suavísimos arpones,
Que traspasar pudieran
Un corazón de bronce;
Difícil y estudiada
Lucirme te propones,
Profusa en tus gorjeos,
Del arte los primores.
El los admire; y deja
Que yo incómodo note
Que así para perderte
La vanidad te adorne;
Cual cortesana altiva,
Que por brillar escoge
Las galas que la afean,
En vez de lindas flores,
Que agracian las zagalas,
Y en su sencillo porte,
En las almas despiertan
Tan placidos amores.
Clara, fácil y pura
La voz de las pasiones,
Ora vehementes truenen,
Ora apenadas lloren.
Solo un sollozo, un grito,
Un débil ¡ay! nos rompe,
De ellas lanzado, el pecho,
Y en ansias mil lo pone;
Cual el pio doliente
Que en la lobrega noche
Solitaria despide
Filomena en el bosque.
Hasta el silencio mismo
A que el dolor se acoge,
Cuando el cruel despecho
Sin compasión la roe,
Muy más al alma dice
Que ese oropel informe
Que en tu voluble labio
Cual un torrente corre;
Ese tropel de quiebro,
Que mi atención absorbe,
Para ofuscarla, estéril
En dulces emociones.
Si, pues, cual veces tantas,
Buscas que el seno acorde
Con tus acentos ría,
Suspire, anhele, goce,
Vuelves, Galatea,
A mi súplica dócil,
La sencillez amable
Que me hechizaba entonces.

ODA XV.

LA RECONVENCIÓN.

¡Qué mal tus juramentos
Y el entusiasmo ardiente,
Con que un amor constante
Falaz probarme quieres,
Con tus volubles pasos,
Con el fatal billete,
Con todo cuanto miro,
Galatea, conviene!
En vano, en vano intentas
Las nubes deshacerme,
Que tu decoro manchan,
Mis glorias oscurecen.
Las que tú sombras llamas,
Son muestras evidentes
De mi abandono injusto,
De tu inconstancia aleva,
De mi rival dichoso
Yo vi la altiva frente

Ornar de Amor el mirto,
Las rosas de Cítères,
Te vi por inflamarme
Solicita prenderte,
Y al valle como loca
Salir por sólo verte.
Ciervilla apasionada,
Que en su furor vehemente
Corre el monte, y bramando,
Los aires ensordece.
Y vite, al encontrarle,
Perdida embebecerte,
Intérpretes los ojos
De tu pasión demente;
Con sus miradas tiernas
Las tuyas entenderse;
Con él gastar mil sales,
Conmigo mil desdenes.
En los canoros trinos,
Que al hielo mismo encienden,
Te of por él las ansias,
Que yo escuché otras veces.
Y en tu nevado seno,
¡Oh nunca yo lo viese!
De su delirio insano
Las señas aún recientes.
¡Y eres, ay, fementida,
La que jurarme sueles
Que triunfará tu llama
Del tiempo y de la muerte!
¡La que por mí en tus cantos
Dudas, recelas, temes,
O en débiles sollozos
Penada desfalleces!

Injusta Galatea,
No más, no más intentes
Con lágrimas y excusas
Falaz entretenerme.
No más, no más perjura,
Me tiendas ya tus redes;
Los rayos de tus ojos
Por falsos no me hieren.
Cesó el encanto, Armida,
En vano por prenderme,
Artera, en tu regazo
Delicias mil me ofreces;
Tus labios y tus ojos
Fascinan dulcemente;
Cuanto los dos afirman,
Tu pecho lo desmiente.
Conozco tu inconstancia;
Conozco que no puedes
Guardar ni un solo día
Lo que falaz prometes.
No, pues, tu voz profane
Amores que no tienes,
Ni á quien te amó tan fino,
Mas, bárbara, atormentes.
Que el plazo no está lejos,
Si el cielo no pretende
Cual tú burlarme injusto,
En que el Amor me vengue;
En que tu impuro incienso
Su indignación desdeñe,
De su feliz morada
Te arroje para siempre;
Y tú el desprecio lloras
Del mismo que hoy prefieres,
Lo nada que en él ganas,
Lo mucho que en mí pierdes.

ODA XVI.

EL ROMPIMIENTO.

¡Ves fósforo radiante
Que en el cielo tranquilo
Se enciende, corre y muere
En un momento mismo!
Tal s, oh Galatea,
Por tu inconstancia, han sido
Mis aparentes dichas,

Nuestro fugaz cariño,
Inopinado al soplo
Prendióse de un suspiro,
Que á tus dolientes ayes
Exhaló el pecho mio.
Corrió vivaz la llama
Por todos los delirios
Que en su embeleso sueña
Amor correspondido.
Faltó por tus mudanzas
El pábulo á su brillo,
Y súbito entre sombras
Hundióse en el olvido.
Con él de tu garganta
Cesó el fatal prestigio;
Y amor que encendió el viento,
Cual viento se deshizo.
Quédate, pues, volitaria;
Tus melodiosos trinos
A otro prendan que lloro,
Mientras yo libre río.

LETRILLAS.

LETRILLA PRIMERA.

EL AMANTE TÍMIDO.

*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
En la pena aguda,
Que me hace sufrir
El Amor tirano
Desde que te vi,
Mil veces su alivio
Te voy á pedir,
Y luego, aldeana,
Que llevo ante tí,
*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
Las voces me faltan,
Y mi frenesí
Con miseros ayes
Las cuida suplir;
Pero el dios que aleva
Se burla de mí,
Cuanto ansio más tierno
Mis labios abrir,
*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
Sus fuegos entonces
Empieza á sentir
Tan vivos el alma,
Que pienso morir;
Mis lágrimas corren,
Mi agudo gemir
Tu pecho sensible
Conmueve; y al fin,
*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
No lo sé, temblando,
Si por descubrir
Con loca esperanza
Mi amor infeliz,
Tu lado por siempre
Tendré ya que huir,
Sellándome el miedo
La boca; y así,
*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
¡Ay! ¡si tú, adorada,
Pudieras oír
Mis hondos suspiros!
Yo fuera feliz;
Yo, Filis, lo fuera,
Mas ¡triste de mí!
Que tímido al verte
Burlarme y reír,

*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*

LETRILLA II.

A UNOS LINDOS OJOS.

*Tus lindos ojuelos (1)
Me matan de amor.*
Ora vagos giren,
O párense atentos (2),
O miren exentos,
O lánguidos miren,
O injustos se airen
Culpando mi ardor,
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*
Si al fanal del día
Emulando ardientes,
Alieñtan clementes
La esperanza mía,
Y en su halago fia
Mi crédulo error,
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*
Si evitan, arteros,
Encontrar los míos,
Sus falsos desvíos
Me son lisonjeros.
Negándome fieros
Su dulce favor,
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*
Los cierras burlando,
Y ya no hay amores,
Sus flechas y ardores
Tu juego apagando:
Yo entonces, temblando,
Clamo en tanto horror:
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*
Los abres riende,
Y el amor renace,
Y en gozar se place
De su nuevo oriente;
Cantando demente
Yo al ver su fulgor:
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*
Tórnalos, te ruego,
Niña, hácia otro lado,
Que casi he cegado
De mirar su fuego.
¡Ay! tórnalos luego;
No con más rigor
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor (3).*

LETRILLA III.

LA GUIRNALDA.

*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
De las tiernas flores
Que da mi vergel,

(1) Tus ojuelos, niña. (Variante.)

(2) O fijense atentos. (Id.)

(3) En un principio tenía esta letrilla sólo tres estrofas. Después MELENDEZ, al corregir sus obras, suprimió una de las estrofas, la siguiente, que no vale menos que las añadidas:

Si se alzan al cielo,
Llenos de temores;
Si alegran las flores,
Tórnalos al suelo,
O abaten el vuelo.
De mi ciego error,
Siempre, niña hermosa,
Me matan de amor.

Cuántas vi más lindas
Con afán busqué;
Y aún entre ellas quise
De nuevo escoger
Las que entrelazadas
Formasen más bien
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
Los ricos matices
Que vário el pincel,
En ellas, de Flora,
Sabe disponer,
Del gusto guiado,
Tan feliz case,
Que es gozo y envidia
De cuantos la ven,
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
Sentí al acabarla
Tan dulce placer,
Que al niño vendado
La quise ofrecer.
«No, luego me dije,
Que es falso y cruel;
Y de la inocencia
Premio debe ser
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
Allá en sus pensiles
El puede coger
Guirnaldas, que ciñan
Su pérdida sien;
Mientras mi respeto
Consagra á los pies
Del decoro amable,
Del recato fiel,
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
No la esquivé, niña,
Tu áspero desden,
O bajas los ojos
Con más timidez;
Ni en tanta vergüenza
Te mire yo arder,
Que venza tu rostro,
Por su rosicler,
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
Sobre tu cabello
Déjala poner;
Que en dón tan humilde
Nada hay que temer.
Verás cual se luce
Con su blonda red,
Y de tu alba frente
Con la hermosa tez,
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
Las flores son galas
De la sencillez;
Tu beldad sencilla
Digna de ellas es;
Dignas tus virtudes
De más alto bien.
Admite, pues, niña,
Admite cortés
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
Y ¡ojalá te mire
Tanto florecer,
Que eternos loores
Los siglos te den!
¡Ojalá á tu mando
Las dichas estén!
Cual ora por fendo
De tus gracias ves
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel!*

LETRILLA IV.

LA LIBERTAD Á LICE.

Traducción del Metastasio.

Mereced á tus traiciones,
Al fin respiro, Lice,
Al fin de un infelice
El ciclo hubo piedad;
Ya rotas las prisiones,
Libre está el alma mía;
No sueño, no, este día
Mi dulce libertad.
Cesó la antigua llama,
Y tranquilo y exento,
Ni aún un despique siento
Do se disfrace amor.
No el rostro se me inflama
Si oigo tal vez nombrarte;
El pecho no, al mirarte,
Palpita de temor.
Duermo en paz, y no creo
Tu imagen ver presente,
Ni al despertar, la mente
Se empieza en tí á gozar.
Léjos de tí me veo,
Y quieto estoy de grado;
Que nada en mí ha quedado (4),
Ni gusto ni pesar.
Si hablo en tus perfecciones,
No enternecerme siento,
Si mis delirios cuento,
Ni aún indignarme sé.
Delante te me pones,
Y ya no estoy turbado;
En paz, con mi engañado
Rival, de tí hablare.
Mirame en rostro fiero,
Háblame en faz humana;
Tu altanería es vana,
Y es vano tu favor;
Que en mí el mandar primero
Perdió tu hablar divino,
Tus ojos no el camino
Saben del corazón.
Lo que me place ó enfada,
Si estoy alegre ó triste,
No en ser tu dón consiste,
Ni culpa tuya es;
Que ya sin tí me agrada
El prado y selva hojosa;
Toda estancia enojosa
Me cansa, aunque allí estés.
Mira si soy sincero:
Aun me pareces bella,
Pero no, Lice, aquella
Que parangon no ha;
Y (no por verdadero
Te ofenda) algún defecto
Noto en tu lindo aspecto,
Que tuve por beldad.
Al romper las cadenas
(Digolo sonrojado),
Mi corazón llagado
Romper se vió y morir;
Mas por salir de penas,
Y de opresión librarse,
En fin, por rescatarse,
¡Qué no es dado sufrir!
El colorín, trabado
Tal vez en blanda liga,
La pluma, en su fatiga,
Deja por escapar;
Mas presto matizado
Se ve de pluma nueva,
Ni, cauto con tal prueba,
Le tornan á engañar.

(4) En lugar de este verso y del anterior, escribió MELENDEZ en un principio estos otros:

Sin que de tí haga cuenta;
Cerca estoy sin que sienta.